REDC 55 (1998) 771-779

DON ANTONIO MARÍA JAVIERRE, VISITADOR APOSTÓLICO EN SALAMANCA. TESTIMONIO

Agradezo profundamente al Rector Magnífico de esta Universidad Pontificia Salesiana la invitación que me ha hecho para intervenir en este acto de homenaje el Emmo. Señor Cardenal Antonio María Javierre. ¿Le habrá contado alguien al Magnífico Rector el afecto casi fraternal que le profeso y mi admiración, sincera y profunda hacia su egregia persona? Bien sé que afecto y admiración no son títulos suficientes para justificar mi presencia. Hubo una circunstancia muy especial que, conforme pasa el tiempo, va adquiriendo mayor relieve en la vida del cardenal Javierre por los efectos insospechados que se han ido produciendo. Me refiero a su nombramiento de Visitador Apostólico de la Universidad Pontificia de Salamanca. Él me quiso entonces a su lado como secretario personal. Junto a él trabajé codo con codo, días tras día, casi minuto a minuto. Le conocí entonces mejor y le admiré más. De esta vivencia personal y prolongada es desde donde brota el testimonio que se me ha pedido para este acto. Aunque me veo obligado a decir que tendré que hacer un gran esfuerzo de síntesis en gracia al venerable auditorio.

I. Una Universidad condenada a morir

Corría el año de 1969, cuatro justamente después de la clausura del Concilio Vaticano II. El vino nuevo que de allí brotó estaba entonces fermentando aún.

No había llegado el momento de poderlo vaciar en los odres nuevos que le harían llegar a todas partes. Años duros aquellos, de espera anhelante y desasosegada. Especialmente duros y, además, turbulentos en la Universidad Pontificia de Salamanca, y más concretamente en su Facultad de Teología, repleta entonces de alumnos. Cito aquí gustoso, por la claridad que encierran, unas palabras del que era entonces Rector Magnífico de aquella Universidad en unas declaraciones a la prensa:

> «Hay que mencionar un alumnado inquieto, tremendamente inquieto, que en la enseñanza de la teología exige un viraje de 180 grados en un tiempo récord, que en buena parte disocia la teología de un sacerdocio en el que, por el momento, ni piensa... Hay que decir, sin embargo, que los problemas que plantean los alumnos no son simplemente quimeras de su fantasía. De hecho hay profesores para quienes la edad y una línea metodológica cultivada durante toda una vida significan un obstáculo difícilmente superable para la docencia que se pide hoy. Y también es

Universidad Pontificia de Salamanca

> clara la conveniencia de dar entrada plena en la Facultad a maestros jóvenes de teología renovada, cuya competencia científica y seguridad doctrinal están más allá de toda duda» (UPS 3, p. 3).

El Rector Magnífico está aludiendo aquí a dos realidades muy concretas que en aquellos momentos se daban en la Facultad: unos alumnos que rechazan a unos profesores que, según ellos, ignoran el Vaticano II y unos profesores que rechazan, por peligrosa, la presencia en el Claustro de otros profesores, jóvenes y bien formados. Por otra parte, como suele ocurrir, la comunicación continua y no siempre clara entre los diversos organismos de los que la Universidad dependía, en vez de favorecer el sosiego intelectual, generó más bien confusión y la consiguiente alarma.

Se podía prever. El obispo presidente de la Comisión de Seminarios y Universidades se presentó muy pronto en Salamanca para observar «in situ» lo que realmente estaba sucediendo. Le acompañaban otros dos miembros de dicha Comisión. Estuvieron allí dos días. Pudieron oír despacio a las autoridades de la Universidad y a un buen grupo de alumnos y profesores. La impresión final debió ser tan negativa que, al despedirme del presidente, amigo durante nuestra común estancia en Roma durante más de diez años, me dijo con tono de sequedad y de amargura: «Esto no tiene solución. Me voy a Roma para que me autoricen a cerrar la Universidad». Lo mismo que había dicho al Rector Magnífico minutos antes. Su postura era muy clara. Optaba por el cierre. ¿Qué hacer, nos preguntábamos, para que aquello no ocurriera? De verdad, ¿no cabría otra solución? Sin descanso, porque el tiempo urgía, pusimos manos a la obra. Y el Señor bendijo nuestro esfuerzo.

II. La solución vendrá de Roma

Como tantas veces ha ocurrido en la historia de las instituciones eclesiásticas, también en esta ocasión la solución tendría que venir de Roma. Aquí, lejos de los lugares conflictivos y de las personas envueltas en la discusión, hay más luz, menos nerviosismo. Y está luego el valor inapreciable que aporta la experiencia de los siglos. Roma no acostumbra a cerrar puertas cuando se pueden mantener abiertas con dignidad.

La Junta de Gobierno de la Universidad Pontificia de Salamanca había acudido ya a la Congregación para la Educación Católica pidiendo con urgencia una visita apostólica. La habían pedido también, por su parte, los obispos. Pero la Congregación esperó pacientemente la ocasión oportuna. No le fue fácil en un primer momento, según se supo después, escoger a su gusto el candidato para presentárselo al Santo Padre. Reflexionó luego sobre sí misma y pudo encontrarlo entre sus propios Consultores. El entonces Don Antonio María Javierre Ortas, ¿no había dado continuas muestras, desde su llegada a la Congregación, de una preparación nada común, de una prudencia exquisita y de un saber hacer siempre acertado? ¡Era la persona! Así también le pareció al Papa y le nombró Visitador Apostólico.

Universidad Pontificia de Salamanca

III. Un nombramiento acertado

Don Antonio María Javierre había estudiado teología en Salamanca no hacía tanto tiempo. Allí pasó varios años felices de su vida, allí se licenció, allí dejó un sinnúmero de amistades y, sobre todo, allí estaban aún la mayor parte de los profesores que él había tenido. Éstos concretamente, que iban a ser objeto de sus mejores desvelos en la visita, se acordaban de él con gran cariño y le acogían con simpatía y esperanza. Entre las autoridades de la Universidad y en la misma Conferencia Episcopal se comentó con agrado la oportunidad del nombramiento. Había sido un acierto. El tiempo y los efectos se iban a encargar de demostrarlo.

IV. Nueve días de vértigo

Aceptado el nombramiento, Don Antonio María Javierre quiso empezar cuanto antes su misión. Con todos los poderes de Visitador Apostólico en sus manos, llegó a Salamanca el 11 de enero de 1970. No había tiempo que perder. El encargo del Emmo. Sr. Cardenal Garrone sonaba a perentorio: «Que el Señor le bendiga, le dijo al despedirle. Y si en una semana no se abren caminos de solución, dígales bien claro que cerraremos la Universidad». El Visitador sabía muy bien lo que se jugaba en aquella «semana», que comenzó solemnemente el 12 de enero de 1970.

Mañana gélida la de aquel día. En Salamanca, ya se sabe, la temperatura del invierno ronda casi siempre los cero grados, cinco arriba o cinco abajo, según la hora. La Visita se abría con toda solemnidad en la iglesia de la Clerecía con una concelebración presidida por el Sr. Obispo de la diócesis (que entonces era también el Gran Canciller de la Universidad), por el Rector Magnífico y por el Visitador Apostólico, con la participación en ella de un elevado número de profesores. La presencia de alumnos fue masiva. Luego, en el Aula Magna, el Sr. Obispo dio la bienvenida al Visitador Apostólico y lo presentó a la comunidad universitaria. El Rector Magnífico leyó el decreto de nombramiento. En él se señalaban las atribuciones que se le conferían, todas ellas encaminadas a la creación de una Comisión Pontificia Especial, que había de redactar nuevos Estatutos. Ella se encargaría del régimen de la Universidad hasta que éstos fuesen aprobados y promulgados. A continuación el Visitador pronunció su primer discurso, en el que daba a conocer su plan completo de actuación para los días siguientes. Una filigrana de discurso con el que se conquistó desde el primer momento a la Comunidad universitaria.

En él dijo la siguiente frase, que demostraba su talante de hombre pacificador: «El diálogo no encadena a nadie, no exige un suicidio previo y promete articular todas las fuerzas». La frase fue sincera y feliz al mismo tiempo. Pero la puesta en práctica resultó dura y laboriosa. El mismo día 12, apenas terminado el acto de apertura, empezaba ese diálogo que ya no había de terminar hasta que acabara su cometido. Día hubo en que empezó a recibir a las ocho de la mañana y terminó a las doce de la noche, sin perder nunca su equilibrio y su enorme capacidad de aguante, de escucha

Universidad Pontificia de Salamanca

y de eficacia. Autoridades, profesores y alumnos, individualmente o en grupos, desfilaron una o más veces por su despacho exponiéndole sus puntos de vista. Él les oía pacientemente. Como buen hijo de Don Bosco acogía a todos amablemente, alentaba a todos y les pedía su colaboración para que las cosas se arreglasen. Salían por lo general animados a ayudarle en su difícil cometido. A los que habían sido profesores suyos fue a visitarles personalmente a sus casas. Se entrevistó con casi todos los alumnos en cinco Colegios Mayores, donde se reunieron aquellos días. En esta primera etapa de su visita, Don Antonio María Javierre llevó un ritmo de trabajo impresionante. Había llamado suya a la Universidad Pontificia y no fue una afirmación vana y gratuita: tomó como propios sus problemas y puso todo su empeño en hallar la solución adecuada para cada uno de ellos. Las autoridades académicas no solamente le ayudaron en cada momento, sino que, en su mayor parte, renunciaron a sus cargos y los pusieron a su disposición. El profesorado mayoritariamente prometió su colaboración plena a sus proyectos de reforma. Los alumnos de la Facultad de Teología volvieron sumisamente a las clases para no entorpecer la visita.

Pero no todo fue de color de rosa. Hubo también sus puntos negros. Y es normal que así fuera. Los alumnos de teología, por ejemplo, reanudaron sus clases como acabamos de decir, pero quedaba siempre algún grupo que mantenía sus reservas y su gran escepticismo ante unos proyectos de reforma que nunca coincidirían con sus posturas radicales. Y estaba luego el grupo de profesores desfasados e intolerantes, como dijo el Rector Magnífico. El Visitador los localizó fácilmente e incluso habló con casi todos. Pero ¿qué se haría con ellos?

V. Roma, ida y vuelta

Con la maleta llena de papeles y la cabeza pletórica de ideas y de proyectos, Don Antonio partió para Roma el día 22 de enero, dando por terminada la primera parte de su visita, que había sido meramente exploratoria. Tocaba ahora a la Congregación para la Educación Católica escuchar toda la problemática de labios del Visitador, estudiarla, discutirla y proponer las soluciones adecuadas. Éstas fueron propuestas principalmente por el mismo Visitador, que había estado en contacto con la realidad inmediata, y la Congregación las aprobó. Como base de todo y como principio fundamental de solución se consideró necesaria la creación de una Comisión Pontificia Especial, cuyos posibles miembros habían sido ya cuidadosamente estudiados en la primera parte de la visita. La Congregación aprobó sus nombres. Sería misión suya, como dijimos, la redacción de nuevos Estatutos para la Universidad y el régimen de la misma hasta que éstos fueran promulgados. Se hizo el decreto correspondiente y el 25 de enero el Visitador Apostólico llegaba de vuelta a España con nuevos poderes para poder completar su obra.

La ausencia había durado justamente tres días. En Madrid se detuvo dos, visitando al Presidente de la Conferencia Episcopal y Arzobispo de Madrid, Monseñor Casimiro Morcillo; al Sr. Nuncio de Su Santidad y a otras diversas autoridades. El día 27 estaba de nuevo en Salamanca.

Universidad Pontificia de Salamanca

Inmediatamente fue a visitar al Sr. Obispo de la diócesis y gran Canciller de la Universidad. Monseñor Mauro Rubio y Repullés había renunciado generosamente a formar parte de la Comisión Pontificia especial, y la Congregación, en extensa y efusiva carta, agradecía este gesto.

También los Decanos de las tres Facultades entonces existentes habían renunciado a sus cargos para facilitar la labor del Visitador y por eso tampoco ellos pasarían a formar parte en la Comisión Pontificia. Así se lo comunicaba aquella misma mañana, agradeciendo también este gesto de ayuda a la visita apostólica.

VI. Camino de solución

Por la tarde del 27 se dio a conocer el documento constitutivo de la Comisión Pontificia Especial. La presidía Mons. Maximino Romero de Lema, obispo de Ávila, y venían luego cuatro grupos de tres personas cada uno: autoridades, profesores, técnicos y alumnos. Los alumnos participaban con el mismo número que los profesores. Se consideró como muy prometedora la participación del alumnado en las tareas de la Comisión, novedad destacada por la prensa, señalando que se daba «por vez primera este fenómeno en la historia contemporánea de las Universidades europeas».

Hasta el 6 de febrero el Visitador continuó en Salamanca a disposición de todos, presidiendo las primeras reuniones de la Comisión Pontificia, orientando y encauzando sus actividades. Dejó también constituidos otros tres grupos técnicos de ayuda a la Comisión: Planificación de Estudios, Coordinación de Estructuras y Economía.

Pero tal vez lo que más le costó en esta segunda ronda de la Visita Apostólica fue el tener que enfrentarse con los casos de aquellos profesores que habían de abandonar la docencia. Los estudió despacio, uno a uno, consultó, habló personalmente con todos. Al fin tuvo que resolver. Y lo hizo con enorme delicadeza. La reacción general fue de sumisión completa a la voluntad del Papa, a quien el Visitador representaba, por puro amor a la Universidad. Fueron realmente ejemplares. No todos, es cierto, pero sí casi todos. Y por allí vino una de las mejores ayudas para la solución del problema universitario.

El 6 de febrero daba por terminado definitivamente su cometido en Salamanca. Pero sabía que podía aún hacer mucho más por la Universidad. Lo hizo cuestión de conciencia. Y, aunque por muchos motivos le urgía el regreso a Roma, prolongó su estancia en España para hablar personalmente con algunos miembros de nuestro Episcopado, ya que no podía hacerlo con todos, como era su deseo.

VII. La vuelta a España en ocho días

En ocho días escasos, el Visitador recorrió España de norte a sur y de este a oeste, agotando al máximo las posibilidades del breve tiempo disponible para hacer

Universidad Pontificia de Salamanca

participar, a cuantas personalidades visitó, de su empeño y entusiasmo por la renovación de la Universidad Pontificia. Baste decir que este «epílogo» fue digno de la labor realizada en Salamanca y la completó eficazmente.

Con el tiempo se fueron viendo sus frutos. Con razón tenía que estarle agradecida la Universidad. Gratitud que Mons. Romero de Lema, Presidente de la Comisión Pontificia Especial, expresó cumplidamente en carta dirigida al cardenal Garrone: «Durante los días que ha durado su Visita, Don Antonio María Javierre ha sido para todos un ejemplar testimonio de laboriosidad, de clara inteligencia y de excelente espíritu sobrenatural y sacerdotal. Estas cualidades han permitido que su influencia haya sido decisiva y hayan podido quedar en vías de resolución problemas que parecían casi insolubles. La Comisión rogó al Sr. Visitador que continúe ayudándola y asesorándola».

VIII. Pensamiento de la Congregación para la Educación Católica sobre la función a la que está llamada la Universidad Pontificia de Salamanca

Aunque sea muy sumariamente, nos parece oportuno dejar aquí constancia de lo que pensaba la Congregación sobre la Universidad Pontificia de Salamanca en el conjunto de las demás Universidades y Facultades Teológicas de España. Conviene tener en cuenta que casi todos los documentos que se citan —hay muchos más— tienen alguna relación con la visita apostólica de Don Antonio María Javierre a Salamanca.

> «Según el pensamiento de este Sagrado Dicasterio la Universidad de Salamanca está llamada a ser el centro de coordinación para armonizar orgánicamente los Institutos Superiores actualmente existentes, permitiendo así al Episcopado hacer de su propia Universidad un instrumento que contribuya eficazmente a elevar el nivel de las otras Universidades y Facultades...».
>
> «Ya que por encima de los intereses particulares de cada una de las Facultades de Teología confiadas al Episcopado está el interés general de la Pontificia Universidad de Salamanca (dado que ésta pertenece a todo el Episcopado español), será necesario que, secundando las continuas invitaciones hechas por nosotros en tal sentido, tales Facultades estén jurídicamente vinculadas con la Facultad de Teología de Salamanca» (Carta del Card. Garrone al Presidente de la Conferencia Episcopal Española, Prot. n. 1656/68).
>
> «Todos debemos colaborar en la renovación de la Universidad de Salamanca. . Para todo lo que a ella se refiere... creemos que las decisiones del Episcopado tienen una importancia decisiva... Estamos seguros de que el Episcopado, con su profundo 'sensus Ecclesiae', sabrá unánime y concordantemente afrontar y resolver el problema económico. Es de una evidencia incontrovertible que dicho problema tiene carácter preferencial sobre cualquier otro, *si se tiene en cuenta la misión y la función de servicio hacia toda la comunidad eclesial que caracterizan a la Universidad de Salamanca*... Sería realmente admirable que la Jerarquía española ofreciese a los otros Episcopados del mundo un ejemplo de cómo, canalizando todos los esfuerzos

Universidad Pontificia de Salamanca

y las iniciativas particulares, se pueden llegar a alcanzar los fines de la enseñanza superior, específicos de la actividad formativa de la Iglesia y que, por otra parte, están estrechamente unidos con el Magisterio» (Carta del Card. Garrone al P. Antonio M.ª Javierre, del 23 de febrero de 1970).

«Quedamos profundamente agradecidos a tan noble gesto (el trabajar todo lo posible por la Universidad Pontificia de Salamanca), que corresponde a la *continua preocupación de este Sagrado Dicasterio por la conservación, reviviscencia y aumento del patrimonio cultural de Salamanca*» (Carta del Card. Garrone a Mons. Argaya, 23-1-1970).

«Los señores obispos... han sabido comprender... profundamente la función de la Universidad Pontificia de Salamanca... Este Sagrado Dicasterio agradece profundamente a la Conferencia Episcopal la sensibilidad que ha demostrado tener y está seguro de que el proceso, tan felizmente iniciado, no tardará en producir sus buenos frutos» (Carta del Card. Garrone al Presidente de la Conferencia Episcopal española, de 13 de agosto de 1970).

«Esta Sgda. Congregación considera como premisa imprescindible para cualquier planificación de los estudios sagrados en España, que la Universidad de Salamanca pertenezca al Episcopado español y *de él dependa efectivamente*» (Carta del Card. Garrone al Presidente de la Conferencia Episcopal española, 6 de junio de 1970).

Aunque todos pertenezcan a la Sagrada Congregación, la Universidad Pontificia de Salamanca nunca perderá en el frío anonimato de un organismo a personas tan entrañablemente unidas a ella como son el Emmo. Sr. Cardenal Gabriel M.ª Garrone, S. E. Mons. Schröffer, Mons. Marchisano, Mons. Cerruti, etc.

La mejor señal del interés de la Sgda. Congregación por la Universidad Pontificia de Salamanca fue, sin duda, la designación de Don Antonio M.ª Javierre como Visitador Apostólico.

IX. Lo que opinan sobre el trabajo realizado por Don Antonio M.ª Javierre

1. *La Congregación para la Educación Católica*

«Queremos reiterar a Vuestra Señoría Reverendísima el agradecimiento que merece por su labor inteligente y preciosa. Plenamente complacidos por el trabajo que usted ha llevado a cabo con tanta competencia, con tan gran espíritu de entrega y con visión tan profunda de la realidad, no podemos dejar pasar una oportunidad como ésta sin hacer llegar a Vuestra Señoría, en forma sin duda no proporcionada a sus méritos, pero cordialísima y sincera, el reconocimiento de este Sagrado Dicasterio... Nos alegra sobremanera el hecho de que tanto la Comisión Especial de la Universidad de Salamanca como la misma Conferencia Episcopal Española hayan pedido que continúe usted ofreciéndoles la ayuda de su preparación y competencia para la renovación completa de dicha Universidad y para la confección de un proyecto que canalice las iniciativas de los diversos Centros superiores de estudios sagrados a escala nacional...» (Carta del Card. Garrone a Don Antonio M.ª Javierre, 23-2-1970).

Universidad Pontificia de Salamanca

2. *El Excmo. Sr. Presidente de la Conferencia Episcopal Española*

> «No hemos de terminar esta comunicación sin manifestar a V. Emcia. Rvdma. el elogio que merece el Profesor Don Antonio M.ª Javierre por la manera lúcida, eficaz, sacrificada y rezumante de amor a la Iglesia con que ha cumplido la delicadísima misión que la Santa Sede le había confiado. Contaremos todavía con su valiosa colaboración, contentos de que sea para nosotros un humanísimo anillo de conjunción con las ideas y los sentimientos de la Sgda. Congregación para la Enseñanza Católica» (Carta al Card. Garrone, D/101/70).

X. Llamada urgente de la Conferencia Episcopal

Don Casimiro Morcillo, Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española, como más arriba se dijo, fue, por pura obediencia a Roma, un acérrimo defensor de la Universidad Pontificia de Salamanca. Una conquista del Visitador Apostólico. Por aquello de las huelgas y de las protestas estudiantiles muchos obispos tenían entre ceja y ceja a aquella Universidad. Entre ellos estaba Don Casimiro. Pero cuando éste vio el interés de la Santa Sede por dicho Centro y el Visitador Apostólico le visitó, le consultó y le contó, Don Casimiro, siempre fidelísimo a Roma, se convirtió en el mejor defensor de Salamanca. Sin él en la presidencia de la Conferencia las cosas hubieran ido de muy distinta manera.

Y digo esto porque, meses después de terminada la visita apostólica, la Conferencia Episcopal tenía que abordar el estudio de diversos temas sobre la Universidad Pontificia. De hecho, para la Asamblea Plenaria, que se iba a celebrar del 5 al 11 de julio de 1970, se habían incluido en el orden del día dos puntos principales: la pertenencia o no de la Universidad Pontificia al Episcopado y la presentación a la Santa Sede de los nuevos Estatutos para su aprobación.

No las tenía todas consigo Don Casimiro. Y se curó en salud. Que venga de Roma Don Antonio María Javierre y hable a los obispos. Y le llamó urgentemente por teléfono para que no faltara en aquellas fechas. Y Don Antonio vino. La sesión de apertura empezó de hecho con una intervención suya. Palabras inteligentes, directas y emocionadas las que pronunció durante más de media hora. Tan ardientes fueron, que al final arrancaron un largo y sonoro aplauso. La sesión continuó con otros temas y al final iban a ser las votaciones. Pero antes de votar, el Presidente se las arregló para llamar de nuevo al Visitador Apostólico a fin de hacerle algunas preguntas en público. Esto le dio pie para hablar otra vez con nuevo entusiasmo y arrancar un nuevo y gran aplauso al final. Naturalmente la votación fue tan positiva, que, de los 67 obispos votantes, sólo hubo dos votos negativos. Todo un éxito. Más no podía pedirse. Don Casimiro respiró tranquilo y sonreía feliz. Se había dado gusto a la Santa Sede. La Universidad Pontificia había sido reconocida como la Universidad del Episcopado español.

Universidad Pontificia de Salamanca

XI. El agradecimiento de la Universidad

Ni nunca ni con nada del mundo podrá pagar la Universidad a su Visitador Apostólico cuanto por ella hizo en aquellos momentos tan difíciles que pudieron acabar con ella. Sólo el Señor lo puede hacer y lo tendrá todo apuntado en su haber con largueza infinita. La Universidad ha procurado hacer cuanto estaba en sus manos para mostrarle su gratitud de forma solemne, pero nunca lo ha conseguido.

El primero que se movió en este sentido fue el Claustro Universitario, órgano colectivo supremo de gobierno. El día 16 de febrero de 1971 se elegía por vez primera, según los nuevos Estatutos, al Rector Magnífico de la Universidad, cargo vacante durante los años en que la Comisión Pontificia rigió los destinos de la Universidad. Aunque parezca algo raro y sorprendente, por no pertenecer a aquella Universidad, Don Antonio María Javierre fue elegido para la terna que había de venir a Roma, de la cual saldría el primer Rector de la Universidad reformada. Se preveía que su designación tropezaría con bastantes dificultades; la primera, la suya. Pero el gesto fue hermoso. Y se hizo por pura gratitud.

También se supo más tarde que la Conferencia Episcopal española había pedido formalmente a la Santa Sede que se nombrase obispo a Don Antonio M.ª Javierre para que pudiera ser así el Gran Canciller de la Universidad y rematar la labor comenzada. Pero se ve que el Rector Mayor de la Comunidad Salesiana no quería que le arrancasen un miembro tan destacado de su Congregación. Por eso le nombró Rector Magnífico del entonces Pontificio Ateneo Salesiano. Cuatro años más tarde, el papa Pablo VI zanjaría la cuestión haciéndole Secretario de la Congregación para la Educación Católica y Arzobispo titular de Meta.

Quiso más tarde la Universidad nombrarle doctor «honoris causa», título que tan merecido tenía. Pero también en esto surgió la dificultad: al ser, por su cargo, superior inmediato de la Universidad no procedía pedir para él un título cuya concesión tenía que firmarla él mismo. Y este cargo duró doce años.

Me consta que posteriormente, promovido ya al Cardenalato, el Rector Magnífico de la Universidad habló con su Eminencia sobre este mismo asunto. Pero él lo rehusó con elegancia. «Aquellos tiempos —dijo— quedan ya muy lejanos y una ceremonia así caería ahora fuera de contexto». Ya no se habló más. Con harto sentimiento de muchos profesores, que siguen recordándole con profundo agradecimiento.

No dude, Eminencia, que nuestra querida Universidad Pontificia de Salamanca, por la que tanto trabajó, le estará eternamente agradecida. El cielo ha querido que me encontrara aquí, esta tarde, en el bello homenaje que le tributa la Universidad Salesiana. Y que mi presencia haya sido para recordarle los inolvidables días pasados en aquella otra Universidad hermana. En nombre de toda aquella Comunidad universitaria salmantina y como miembro de ella, puesto que me nombraron su representante en Roma, permítame ya terminar con tres exclamaciones, que se unen en un mismo y profundo sentimiento: ¡Gracias, gracias, gracias!

Juan Sánchez y Sánchez,
Colegio Español de San José
Roma

Universidad Pontificia de Salamanca